

Los Hombres Matan

Por VICTORIA GLAD

A HORA que todo ha pasado me parece como una pesadilla; pero cuando miro el retrato de María que tengo encima de mi escritorio, comprendo que no puede haber sido un sueño. No hace más de seis meses que, sentado ante el mismo escritorio, me preguntaba, cada vez que miraba su retrato, qué podía haber sido de María. Hacía ya seis semanas que no tenía noticias de ella y me había prometido escribirme en cuanto llegara a Europa. Teniendo en cuenta que todo mi futuro estaba en sus pequeñas manos, era lógico que me sintiera inquieto por su suerte.

Nos habíamos criado juntos y habíamos perdido a nuestros padres con pocos años de diferencia; nos habíamos querido como sólo los niños saben quererse. Después vino el cambio: parecía que yo la amaba y ella sólo me tenía simpatía. Durante nuestros estudios de bachillerato dejé que las cosas siguieran su curso, pero al entrar en la Universidad me declaré seriamente.

Lo primero que me dijo después de mi declaración fué que se había alistado para una gira de estudiantes que recorrería la Europa Central y que me contestaría cuando regresara. Hube de contentarme con esto, pero no podía evitar la preocupación. María era una muchacha extraña: retraída, soñadora y blanda de corazón. Sabiendo a qué región iba, me inquietaba, porque se metía en el reino de los gitanos, decidoras de

buenaventura y gente por el estilo. También es el lugar de muchas leyendas y María pretendía ser muy psíquica. La verdad era que había predicho dos o tres cosas que habían sucedido, probablemente por pura coincidencia, como la muerte de nuestros padres, y que todavía me tenían impresionado, a pesar de que no se me puede tildar de creyente.

Este supuesto talento de María la había puesto en dificultades más de una vez. Recuerdo que en el curso de su último año de bachillerato cayó bajo la influencia de un charlatán, un tipo chaparro, gordo, que hablaba con un acento muy raro, pero que a pesar de todo la embaucó. Cuando me di cuenta de que pasaba algo extraño, intervine y ahuyenté prontamente al mequetrefe. Si ahora encontraba a alguna persona sin escrúpulos, sola, sin nadie que velara por ella... Lo mejor sería no pensar en esto. Había que esperar que esta vez todo fuera bien.

Cuando noté que tardaba en escribir, quise pensar que estaría muy ocupada; pero a las seis semanas empecé a sentir curiosidad. Y el tratamiento del silencio no sólo despertó mi curiosidad, sino que excitó mi enojo y tomé el avión. Dos horas después de haber tocado tierra, la encontré en una pequeña fonda de Transilvania, en un pueblecito encantador que parecía hecho con pan de jengibre, en un valle entre las enormes montañas de la sierra de

Transilvania. También encontré a Tod Hunter.

—¿Qué pasa, María? ¿Por qué no me has escrito? —le pregunté.

Sus ojos de color café, habitualmente alegres, me miraron con enojo.

—¿Por qué no me dejas tranquila? Te dije que no me siguieras. Vine aquí para poder reflexionar tranquilamente. Por favor, Bill, ¿no comprendes que necesito estar en libertad para pensar, ser yo misma?

—Pero me prometiste escribir —insistí yo, un poco sorprendido por el cambio que notaba en ella, por su impaciencia.

Me sorprendió también su extraordinaria delgadez, pues ella había tenido siempre curvas donde una mujer debe tenerlas.

—María ha estado estudiando mucho —dijo Tod—. Ultimamente se cansa con facilidad. No se encuentra bien... La garganta la molesta.

SENTI el deseo de pegarle. No sabía por qué, no me gustaba, no porque notara su rivalidad, pues yo estoy muy por encima de estas cosas. Dios sabe que lo que yo más deseaba en el mundo era que ella fuese feliz. Había algo en aquel hombre que me irritaba. Su actitud. No era arrogante ni esquivo; probablemente lo era yo más que él. Más bien era quizás su serenidad, que parecía demostrar una fe absoluta en su triunfo, cualesquiera que fueran mis esfuerzos.

No sé cómo luchar contra esa estrategia. Sé cómo soy: franco, claro y directo. De pronto me puse a hablar como si él no estuviera allí.

—María... Ria, querida... Ese tipo no te conviene. ¿No lo ves? ¿Qué sabes de él?

María me miró, sorprendida y co-

mo si la hubiera ofendido. Luego miró a Tod, como si viera a través de él y en su interior, por así decirlo. Noté que un ligero sonrojo le subía desde la base de su cuello, delgado y casi transparente.

—Todo lo que sé —me dijo suavemente— es que lo amo.

Luego miró a través de la ventana.

—Tengo que ir a la montaña de la Konigstein, a un sanatorio. Iré pronto. El médico me ha recomendado que me marche de aquí y Tod me ha sugerido que vaya a ese sanatorio. Allí nos casaremos.

Estas palabras fueron un duro golpe para mí. No tenía la menor duda de que había adoptado aquella resolución a causa de mis observaciones. Iba a casarse con un hombre del cual no sabía absolutamente nada. Estaba peor de lo que imaginaba. Hunter iba seguramente tras de su dinero, porque María era muy rica. Evidentemente, María se había dejado influir de nuevo por un tipo sin escrúpulos.

—No te lo permitiré —le dije—. Tómate un poco más de tiempo; si no por otra causa, por nuestra antigua amistad.

—¿Y no piensa usted en mí, Morris? —interrumpió Tod—. No me ha preguntado usted lo que yo pienso sobre esto; no me ha preguntado sobre mis sentimientos hacia María. Se da el caso que yo la amo. ¿Es que no tengo derecho porque usted sea su amigo de infancia?

—¡Amigo de infancia! ¡He sido su única familia durante muchos años antes de que ella oyera hablar de usted! ¡No permitiré que se cases ustedes! —gritó.

Haciendo memoria, he llegado a tener la seguridad de que si Tod

Hunter hubiera dicho algo más lo hubiera matado.

Ría intervino.

—¡Basta, Bill Morris! Ya te he oído demasiado. Tengo veintitrés años y si he decidido casarme con Tod Hunter, me casaré y no puedes hacer nada para impedirlo. Y ahora, haz el favor de marcharte.

—Está bien, María; me iré si así loquieres. Pero no te dejo. Ya que noquieres tener prudencia, te protegeré. Me gustaría saber algo más sobre ese misterioso señor Tod Hunter, americano, y convendría que, por tu propio bien, tú tuvieras la misma curiosidad. No me importaría que te casaras con otro hombre si lo conocieras bien. La gente no se casa con desconocidos; por lo menos las personas inteligentes. Por favor, María, pregúntale quién es.

—Muy bien, Bill —me contestó sonriendo pacientemente—; se lo preguntaré. Y ahora, déjate ya de niñerías.

—Muy bien, querida —le dije mansamente—; pero hazme otro favor. No te cases con él hasta que yo regrese. Espera sólo unos días. Dame una semana...

Cuando cerré la puerta noté su sonrisa, burlona y triste a la vez.

María no me esperó. Me fuí por una semana y traté de descubrir los antecedentes de Tod Hunter y no aclaré nada absolutamente. Todo lo que su patrona me dijo fué que era un norteamericano que había ido al país para recuperar su salud y que dormía hasta muy tarde todas las mañanas. Había fracasado en mis investigaciones y si hubiera sido un chiquillo me habría vuelto a casa con el rabo entre las piernas; pero no era un chiquillo, de manera que me fuí derechamente al apartamiento de Ría para afrontar la situación.

ESTABAN esperándome, ella y Tod. Cuando la vi, deseé haberme muerto.

La encontré en brazos de Tod, blanca y fría, como la leche helada en un día de invierno. Los dos estaban muertos.

Ya saben ustedes lo que pasa cuando en un velorio alguien mira a la difunta y dice: "Está bella", y la verdad es que no está nada bella, sino que se la ve un puñado de materia sin vida. No era así aquella vez. Sus rostros estaban sonrosados ligeramente y sus cabezas rubias, color de ceniza la de ella, roja la de él, brillaban. Estaban sentados en el sofá frente a la chimenea; él tenía la cabeza apoyada en el pecho de ella. Su placidez casi me hizo pensar que respiraban. En el dedo medio de su mano izquierda, María tenía puesto un anillo de platino, un simple aro. Tod había ganado, pero ganando había perdido. Probablemente yo nunca sabría cómo habían muerto los dos a la vez. En aquel momento sólo sabía una cosa: que tenía que irme rápidamente. Me fuí casi corriendo hasta mi alojamiento. Me metí dando traspies en mi pieza y me bebí un whisky triple, que me quemó la garganta; pensé que alguien había echado sal en mi whisky... Luego me di cuenta de que lo que me hacía parecer salado el whisky eran mis lágrimas. Yo, Bill Morris, que no había llorado desde que había cumplido sus cinco años, estaba allí sollozando como un niño.

No llamé a la Policía. Esto habría significado volver allá, ver cómo tapaban su amado cuerpo y se lo llevaban para cometer con él toda suerte de indignidades con el fin de descubrir la causa de su muerte. La muchacha que hacía las faenas los

encontraría a la mañana siguiente y avisaría a las autoridades.

Esto era lo que yo pensaba, pero las cosas no fueron tan sencillas. A media mañana noté que empezaba a sentirme un poco culpable. Ni siquiera dos botellas de whisky me habían hecho olvidar. Estaba borracho y sereno al mismo tiempo.

Telefoneé a la patrona de Ría y le dije que había estado llamando a los Hunter y que nadie me había contestado; que seguramente les pasaba algo. ¿Tendría la bondad de ir a su apartamiento y ver lo que ocurría?

Mis palabras divirtieron a la buena señora.

—Debe estar usted equivocado, señor Morris. La señorita María ha salido hace cosa de una hora con su esposo. Seguramente trata usted de gastarme una broma. Nunca la había visto tan bien, tan feliz. Se han ido a la Konigstein. Han dejado una nota para usted.

Contesté que iría en seguida y tomé un coche. Empecé a creer que estaba perdiendo la razón. Los había visto a los dos... muertos. Su patrona los había visto a los dos, aquella mañana, vivos.

Cuando llegué, la patrona me miró largamente y se fijó en mis ropas sin planchar y en mis ojos enrojecidos, y levantó festivamente un dedo.

—Ha querido usted gastar una broma, ¿no? Una broma de casamiento, quizás. También aquí les gastamos bromas a los recién casados. Ya comprendo lo que le pasa. ¿Quién no se enamora de la señorita María? Sea usted bueno, joven. Ya encontrará otra, algún día... Pero me parece que estoy hablando demasiado. Ahí tiene usted su carta.

Tomé la carta y me fuí donde nadie pudiera estorbarme; al salón de lectura de la biblioteca que había en la misma calle en que vivía. Allí

me puse a leer, inhalando el penetrante olor del whisky que había consumido durante aquella larga noche de no dormir. Leí y dudé que hubiera leído, pero los trazos en tinta azul sobre el papel blanco me obligaban a aceptar la realidad. La carta era de Hunter, escrita en una letra clara y nítida, de intelectual. Decía así:

ESTIMADO Morris: ¿Por qué no había de querer yo a María? Usted la quiso, seguramente la quisieron otros también. ¿Por qué, pues, no había de ser mía? Hay cosas mucho peores que casarse conmigo. ¡Puedo casarse con un hombre que le pegara!

Ella me ha hecho conocer los dos días más felices de mi vida. No necesito más que esto. No tengo derecho a pedir más. ¿Tenemos acaso nosotros, ninguno de nosotros, derecho a una felicidad sin fin en este mundo? Difícilmente.

Usted pensaba en su bienestar ante todo y por esto le debo a usted una explicación. Debe usted ser paciente, debe *creer* y finalmente debe hacer lo que le pido. *Debe usted hacerlo.*

Usted quería saber algo de mí, estar enterado de mi vida antes de María. ¿Antes de María? Me parece extraño pensar en esto. No hay vida sin María. Hubo un tiempo en que ella no existía para mí. He estado avanzando constantemente hacia el día en que la había de conocer, pero no sabía dónde la encontraría y ni siquiera cuál sería su nombre.

Fué el azar lo que nos juntó; para mí, un azar afortunado; para usted, posiblemente desgraciado; para María... sólo ella podría decirlo. Hace tres años yo estudiaba en Inglaterra gracias a una beca Rhodes. El futuro me ofrecía brillantes perspectivas. Era un yanqui, como usted,

y me sentía orgulloso de serlo. La vida en Inglaterra me parecía extraña y lenta y algunas veces triste con tanta austeridad. Pero poco a poco me dejé caer en sus maneras lentas, empecé a estimar a la gente por su bondad y llegó un momento en que noté que yo era uno de ellos, por así decirlo.

He dicho que caí en la lentitud. Esto no es del todo verdad, porque en mis estudios no dejé de trabajar con ahínco. El folclore de las Islas Británicas me intrigaba. Ahondé en los cuentos negros de Gales, en las maliciosas fantasías de los irlandeses, en las leyendas inglesas de las personas que se transformaban en lobos... Para mí todo esto era un descanso en los estudios de Ciencias Políticas que llegaron a parecerme falseadas a la luz de los acontecimientos del día. Mis libros eran y siempre habían sido una parte de mí mismo. Estudiaba intensamente y apenas me tomaba algún descanso. Algunas veces me parecía que en lo que leía había más verdad que mito y algunas cosas llegaron a obsesionarme. De pronto, una noche, perdí noción de las cosas.

Me encontré en un sanatorio. No sabía cómo ni por qué había ido a parar allí y cuando me lo explicaron me reí. Pensé que estaban gastándome una broma. Traté de levantarme, de andar, pero no pude; las piernas no me sostenían. Entonces comprendí lo mal que había estado y comprendí, también, que debería ir despacio.

Fué allí donde encontré a Eve. Era bella. No como María, que es como un ángel, frágil y blanca. Eve era más terrenal, tenía la piel como de marfil, cremosa y pálida. Sus cabellos negros, tan negros que a veces parecían azules, eran largos y los llevaba sueltos, caídos sobre la

espalda. Parecía tener unos veinticinco años, pero en las sienes se le veían unas hebras plateadas. Era la mujer más impresionante que he conocido. No había conocido a ninguna otra como ella ni la he conocido después.

Ya sabe usted lo que ocurre en estos casos: el aire de misterio de una mujer hace que un hombre se convierta en un niño. Me hacia pensar en un gato cariñoso, con sus grandes ojos color café y su cabellera negra... La encontré un día en la veranda y desde entonces pasé muchos ratos, cada día, en su compañía.

Los médicos me recomendaron que hiciera ejercicio, que diera cortos paseos, y Eve me acompañaba en mis salidas, luchando para seguirme. Sufría de anemia y el menor esfuerzo la cansaba. Raramente sonreía; probablemente el esfuerzo era demasiado grande para ella. En realidad sólo la vi sonreír una vez.

Dábamos uno de nuestros paseos por un bosque próximo a los jardines del sanatorio. Tropezó con una rama y cayó en mis brazos. ¿Ha tenido usted alguna vez en sus brazos una nube, Morris? Así era ella de ligera, aunque era casi tan alta como yo. Cálida y palpitante. Nuestras miradas se encontraron y noté que me afectaba como nunca me había afectado ninguna mujer. La besé. Noté un pinchazo y me eché atrás; tenía los labios ensangrentados y nunca he podido explicarme lo que pasó. Ella me sonreía, con la boca entreabierta por la más extraña sonrisa que nunca he visto. Sus dientes blancísimos brillaban y en sus ojos, que eran ahora todo negra pupila con el iris casi oculto, se leía el deseo o algo que excedía el deseo; algo que entonces yo no habría sabido definir, pero que creo que puedo definir

ahora. Pasaba su pequeña lengua por los labios, como saboreando algo.

Me sentí asustado por alguna razón incomprendible. Deseé alejarme de ella, del bosque, de mí mismo. La tomé rudamente el brazo y echamos a andar hacia el sanatorio. Nunca mencionamos el incidente, pero ninguno de los dos olvidó. Aquella mujer me intrigó más que nunca. Los médicos pudieron satisfacer en parte mi curiosidad. Me dijeron que había sido una enferma durante cuatro años; unos días mejoraba, otros empeoraba. Necesitaba reposo, mucho reposo, y había días en que dormía hasta pasado mediodía con la aprobación de los médicos. Algunas veces notaba que su pálido rostro se sonrojaba ligeramente; otros días se la veía pálida y se la notaba fría.

No recuerdo exactamente cómo me convertí en su amante. Las cosas sucedieron tan rápidamente que mi atención apenas pudo seguir su paso. Había en Eve una fuerza magnética que atraía a pesar de la voluntad de uno. Yo no habría podido resistir a su atracción aun en el caso de que me hubiera propuesto resistir y la verdad es que no me lo propuse.

Empecé a tener largos períodos de lasitud y momentos en que mi mente quedaba en blanco y después no recordaba lo que había hecho durante ellos. Y empezaron los sueños. Soñaba que acariciaba a un gato negro enorme, atenciópelado, de ojos amarillos, que me miraba penetrantemente, como si conociera todos mis pensamientos; yo dejaba de acariciarlo y el gato me daba de zarpazos juguetónamente. Una noche mis sueños adquirieron mayor intensidad. Estaba jugando con el animal, acariciándolo, cuando de pronto gruñó, abrió la boca y dando un salto se lanzó sobre mi cuello y hundió en sus colmillos. Grité.

Los médicos me dijeron después que había pasado unos días casi inconsciente, y que tenía que reprimirme.

Cuando me encontré bien, Eve vino a verme. Se mostró muy amable y tuvo palabras de consuelo para mí. Me atraía hacia ella y yo sentía lo bueno que era vivir y pertenecer a alguien.

Aun hoy recuerdo la ropa que llevaba: unos *slacks* de terciopelo negro y una blusa muy escotada, de raso color de ámbar, con un viejo broche de plata labrada, redondo, de unas cuatro pulgadas de diámetro. En el centro tenía una serpiente enroscada, en actitud de saltar para el ataque. Sus ojos eran dos topacios y su lengua amenazadora un rubí.

—¡Qué broche tan raro, Eve! —le dije—. No te lo había visto nunca, ¿verdad?

—No —contestó ella—. Perteñecía a mi familia, a los Orcaczy, Tod. Una de mis antepasadas era una mujer malvada, si hay que creer la leyenda. Asistía a los aqüelarres de brujas y hacía cosas por el estilo. Se dice que envenenó a su marido, un hombre viejo que ya chocheaba, para casarse con su amante. Entre los dos se deshicieron de todos los parientes para apoderarse de su dinero, y este broche era el instrumento que usaban para asesinarlos.

Los delgados dedos de Eve apretaron el rubí y el broche se abrió, dejando al descubierto un hueco en el que se podían poner polvos secretos.

—Es como los que empleaban los famosos envenenadores de la Edad Media —explicó Eve, encogiéndose de hombros—. Llegó un momento en que el segundo marido se cansó de mi abuela, tomó una mujer joven como amante y se deshizo de la ~~esposa~~ usando su mismo broche. Mi

abuela había sido excomulgada por la Iglesia, lo cual supongo que amaría mucho a la pobre.

Al decir esto, Eve enderezaba sus estrechos hombros.

—Pero será mejor que no hablemos de estas cosas desagradables, querido. Lo importante ahora es que tú te pongas completamente bien y pronto. Te he echado mucho de menos.

Fué entonces cuando le pedí que se casara conmigo. Sabía que no la quería, pero me parecía que nuestro casamiento era inevitable; nada podía impedirlo. La sentía metida dentro de mí, como formando parte de mi organismo. Me contestó que sería bueno esperar a que yo me restableciera completamente.

—Y no hables más, querido, deja descansar tu pobre garganta.

Se inclinó sobre mí cariñosamente y yo me incorporé para acariciar su pelo negro, lo cual me produjo una sensación que me pareció familiar. Claro está que lo había acariciado centenares de veces, pero nunca me había producido, según yo recordaba, aquella misma sensación. Ella me miró penetrantemente, con sus enormes ojos color café y entonces supe. Quedé paralizado por el miedo, incapaz de pronunciar una palabra.

—Ya lo sabes, veo —dijo ella, con voz apenas perceptible—. Está bien. Te había escogido desde hacia meses. Ahora que ya lo sabes, no lucharás más. Ya sabes lo que soy o por lo menos puedes suponérlo. Este broche que te ha llamado la atención era mío hace ya trescientos años y siempre lo será.

Puso sus labios sobre los míos. Nunca me había besado como entonces. Sentí como si algo me hiriera y en seguida mis labios quedaron insensibles. Era algo insoportable, pe-

ro quedé inerte. No me moví ni habría podido moverme aunque lo hubiera intentado. Apenas podía respirar. En seguida sentí que la sangre circulaba impetuosamente por mi cuerpo y mi corazón latía aceleradamente. Y otra vez sentí en mis labios el sabor cálido y salado de la sangre. El cuerpo de Eve parecía etéreo en mis brazos; cálido, impulsivo, adormecedor... Otra vez sentí un dolor agudo en mi garganta y perdí el conocimiento.

¿No se ha despertado usted nunca en una tarde bella y soleada y se ha creído muerto? Hablaban en voz baja. Qué desgraciado... ¡Tan joven, treinta años, y morir lejos de su patria! No tiene familia... Por lo menos, parece que en vida tuvo una posición desahogada. Esta anemia ha sido una cosa extraña; nunca había mostrado síntomas de ella. Todo lo que necesitaba era reposo. Si hubiera vivido, Eve Orcaczy le habría hecho feliz. Qué triste final ha tenido su idilio... ¡Y qué conmovedor ese gesto de ella de reclamar el cadáver! Dijo que lo iba a enterrar en el sepulcro de la familia, en la montaña de la Konigstein, de Transilvania.

Yo oía todo esto distintamente y tenía ganas de gritar que no estaba muerto; quería despertar de aquella pesadilla horrible. Estaba tan vivo como los que hablaban a mi alrededor y quería salir de aquel estado, pero no sabía cómo; quería escapar de Eve, que me daba miedo. Salieron para hacer los arreglos para mi traslado.

La lasitud fué invadiéndome, a mi pesar, y contra mi voluntad quedé adormecido. Y soñé otra vez. Yo era un gato que corría y saltaba a través de las ventanas y por el campo, sin detenerme nunca. Me sentía ja-

deante a causa de mi correr continuo. Dejaba atrás pueblos y ciudades. Tenía que llegar a algún sitio y pronto. Se terminó mi sueño.

—Tod —me dijo Eve—, levántate, querido.

La oí y la odié. La odié al mismo tiempo que me sentía atraído por ella. Notaba una ligera neblina ante mis ojos y quise quitarla con la mano; no era ninguna neblina, sino una tela. Me estremecí.

—Tengo que despertar —dije roncamente—. Tengo que despertar. ¡Voy a volverme loco!

Oí un crujido y vi la luz del día. Cuando me di cuenta del lugar donde me encontraba, me cubrí el rostro con las dos manos y estallé en sollozos. Intenté rezar, pero las palabras se helaron en mis labios. Estaba metido en un ataúd, dentro de un sepulcro. Me habían enterrado en vida.

—¿Qué soy? —grité—. ¿Dónde estoy y qué has hecho de mí? Me he vuelto loco...

Los labios de Eve se abrieron en una sonrisa y mostraron sus dientes, todos iguales, ligeramente afilados.

—No estás loco, querido —dijo serenamente—. Ahora eres uno de los nuestros, un *revenant*, como yo, y para vivir has de alimentarte de la vida.

—¡No es verdad! —grité yo—. Esto es una pesadilla. Estoy enfermo y tengo pesadillas. Tú no eres real... ¡Nada es real!

—Yo soy un ser real, Tod —contestó Eve—. Soy lo que soy y lo he aceptado con serenidad, como acabarás aceptándolo tú. Ya te hablé de mi vida. Has estudiado leyendas y las leyendas son, más a menudo de lo que tú imaginas, realidad. Cuando uno es asesinado, si ha llevado una vida malvada queda condenado a vagar por el

mundo como si viviera todavía. Mi destino quedó sellado apenas me metieron en el ataúd. Pero no bastó eso. Mi gato preferido, Suma, entró en el cuarto y saltó sobre mí... Después de muerta, tuve una doble facultad de vida: aquellos a quienes yo señalara para mí, continuarían viviendo como yo, también. Acéptalo, querido. Has de resignarte. No puedes escoger.

—¡No! —grité yo—. Soy americano. Cosas como ésta no nos pasan a nosotros. Sólo pasan en las novelas y sólo a los extranjeros.

Eve se rió secamente.

—Temo que estas cosas ocurren y en este caso te han ocurrido a ti. Tómalo por las buenas.

Yo no quería resignarme y me rebé, durante algún tiempo.

Llegó un momento en que sentí un hambre terrible y unos dolores que los alimentos corrientes no aliviaban. Resistí tanto como pude y al final tuve que ceder. Primero fueron pequeños animales a los que quería. Despues fué una niña, una criatura que pudo haber sido mi hija en otras circunstancias.

Después del episodio de la niña, Eve me dejó. Ya no le servía; ella había querido también a la niña y yo me la había quitado. Me había convertido en un rival suyo y había que huir de mí. Quedé solo otra vez y me sentí muy desgraciado. No me comprendía a mí mismo ni comprendía mis motivos, de manera que no podía esperar que otros me comprendieran.

Sólo sabía lo que yo era, pero no podía explicarme razonablemente por qué había llegado a serlo. Presumía que lo mismo les habría pasado a otros tan inocentes como yo que no habrían cometido una mala acción en sus vidas. Durante el día, cuando yo era persona viviente como

otra cualquiera en el mundo, me hacía reproches; Dios sabe el asco que sentía por mí mismo y por lo que tenía que hacer para vivir. Deseaba morir realmente, pero me sentía cansado, terriblemente cansado y asqueado de todo; no sabía cómo escapar a mi destino y seguía soporándolo, esperando que un día mis apetitos voraces y repugnantes acabaran conmigo.

Pensé que habría alguna información sobre mi especie, particularmente en este país donde las leyendas de vampiros son tan abundantes y vivas, de manera que empecé a meterme por las casas. Y así fué como conocí a María. Cuando nos hubimos tratado algo me dijo que estaba estudiando las supersticiones de la región y que había resuelto que su tesis trataría sobre la historia del vampirismo. Encontraba esto terriblemente divertido, pero al mismo tiempo emocionante. Me preguntó si no me parecía lo mismo. Yo no veía nada que pudiera hacer reír en esta cuestión, pero disimulé mis pensamientos tanto como mi condición. Podía haberla ayudado a escribir una tesis que habría enloquecido a más de uno de sus profesores. No dije nada, porque no quería asustarla.

Maria era como un rayo de sol en un cuarto oscuro. Por ella me parecía cada día que valía la pena vivir y tratándola a ella acabé por sentir que mi hambre dolorosa desaparecía. No la sentí durante una semana, durante dos... Llegué a sentir la seguridad de que me había curado. Y pensé que tal vez todo lo pasado no había sido más que una pesadilla y que había despertado de ella.

Entonces me creí con derecho a declararle mi amor. María acogió mis palabras con tristeza. Me dijo que no estaba segura de sus sentimientos hacia mí; desde luego, me tenía

una gran simpatía, pero se sentía confusa. Hacía poco que había llegado de los Estados Unidos, tratando de poner en claro sus sentimientos hacia una persona a la cual estimaba y no quería herir con un rechazo, y me pidió que la dejara reflexionar algún tiempo. Yo le dije que esperaría toda una eternidad si lo deseaba.

Desde entonces las cosas se sucedieron de una manera apacible. Pasábamos durante horas enteras, en silencio, comprendiéndonos uno a otro sin necesidad de hablar. Yo notaba que recobraba mis fuerzas poco a poco. Ibamos a lugares lejanos en busca de material para su tesis y ella se preocupaba de comprobar los más vagos rumores en busca de lo que pudiera haber de cierto en ellos.

Un día, en nuestro paseo cotidiano, me dejé llevar, inconscientemente, cerca del lugar donde descansaba por las noches. Uno de los hombres del pueblo había hablado a María de un "lugar de horror" por aquel rumbo y María quería investigar. No supe cómo negarme a seguirla ni cómo desviarla. Entramos en la bóveda que yo conocía tan bien. A ella le sorprendió que la puerta no estuviera cerrada y yo compartí aparentemente su sorpresa. Contemplamos el ataúd de cobre, de brillante cobre, que Eve me había preparado. María lo tocó y dijo algo sobre su belleza y antes de que yo pudiera impedirlo o desviar su atención, levantó la pesada tapa, dejando al descubierto la arrugada mortaja y los restos de un par de desgraciadas criaturas, cuya sangre había manchado la tela de raso. Dió un grito y soltó la tapa. Algo la había pinchado un dedo y quedó dando saltitos sobre un pie, hasta que se refugió en mis brazos, asustada.

—¿Qué quiere decir todo esto, Tod?

Yo traté de calmarla con frases banales y, sin saber cómo, me encontré besando su dedo herido. Me sentí enardecer por un sabor más fino que el del coñac o el del vino añejo y entonces comprendí que no estaba curado y que nunca lo estaría. Y comprendí, también, que deseaba a María, no como un hombre desea a la mujer que ama, sino para beber en la fuente de su vida, en aquella fuente sana y cálida, ávidamente, gozosamente... Ella nunca supo lo que pasó por mi pensamiento en aquellos momentos. Si hubiera podido matarme a mí mismo, lo habría hecho y seguramente sin ningún titubeo. Pero un *revenant* no se mata fácilmente. La Iglesia conoce el procedimiento. Llevé a María apresuradamente hasta su casa y la dejé diciéndole que tenía que ausentarme por una semana, a causa de mis negocios. Ella me creyó y me dijo que me echaría mucho de menos. No me fui, naturalmente. Aquella noche luché contra mí mismo en una batalla que perdí, como en las noches siguientes. Salía a verla, pasaba el tiempo a su lado y me escabullía maldiciéndome a mí mismo. Sabía que no tardaría en matar al ser que amaba sobre todas las cosas; que mataría también su alma inmortal y que no podía hacer nada para impedirlo.

Maria empezó a decaer visiblemente. Cuando regresé al cabo de una semana, estaba tan mal que sólo dar unos pasos la cansaban y no tenía apetito. Pareció realmente contenta de volver a verme. Me dijo que sufria parestesias. ¿No podría yo decirle qué podría hacer para descansar? La llevé a un médico que le aconsejó un cambio de clima, reposo y una dieta rica en sangre y en hie-

rro. Le dió, además, una receta de un sedativo.

Ya sabe usted cómo estaba el día en que la vió usted. Se aproximaba el día en que ya no tendría sangre, en que la vida, como la entienden ustedes, cesaría y viviría como yo. No quería tomarla sin hacerle alguna advertencia, pero no sabía qué decirle. Yo mismo era una víctima inocente. Podía hablar, avisar a mi víctima, porque aunque mi alma estaba maleada, quedaba en ella una parte intocada por el mal. Pero estaba seguro de que creería que le gastaba una broma si le contaba lo que me había pasado y le explicaba lo que era yo.

Entonces fué cuando, felizmente para mí, llegó usted. Ya sabía que notaría usted algo raro y esto no me importaba. Estaba seguro de su amor y decidí aprovechar los últimos minutos. Cuando usted le recomendó que se enterara de mi vida, me sentí feliz. Le doy las gracias por eso y le pido perdón por lo que he hecho y por lo que voy a pedirle.

María me interrogó directamente, como sabía usted que haría, y yo le contesté francamente, sin ocultarle nada. Le dije que el hecho de que esta vida me retuviera me daba ciertos derechos y que podía explicarle cómo librarse de mí si así lo deseaba. Entonces se volvió, me miró intensamente con sus hermosos ojos y me dijo, con mucha suavidad:

—Tod, querido, algún día he de morir, de morir realmente. ¿Qué importa, pues, que muera por ti? Sólo sé que te quiero. ¡Para qué esperar que sea vieja y esté sola en el mundo, con mis recuerdos? ¡Por qué no ahora, contigo, cuando la vida realmente no se interrumpe? Con todo lo que yo he leído sobre estas cosas, ¿no crees que podría salvarme si quisiera?

Todavía hoy me pregunto si realmente me creyó. Nos casamos tres días más tarde. Nunca le dije que su vida junto a mí sería como... Que llegaría un día en que la dejaría, temeroso de su rivalidad en la busca de nuestras fuentes de vida y que la espeluznante cadena continuaría. No pude decirle esto. La amaba demasiado y espero que usted, Morris, me comprenda.

En la segunda noche de nuestro matrimonio, María murió, como usted sabe, en mis brazos. No sé si se ha dado cuenta ya. Si no lo sabe todavía, no tardará mucho en descubrirlo. Estábamos completamente vivos cuando nos encontró usted. Ella se hallaba en estado hipnótico debido a su condición. No oía ni veía nada; pero yo sí...

Usted es el único que puede ayudarme.

Si muestra esta carta a un sacerdote, lo acompañará con mucho gusto hasta el lugar de la Konigstein donde descansamos durante las mañanas en un nuevo lecho. No podía llevar a María a aquel otro lecho de corrupción. Le incluyo un mapa que le ayudará a encontrarnos. Allí cumplirá usted los antiguos ritos, muy eficaces, y nos dejará usted descansar juntos, como deseamos. Esto es todo lo que pido...

ENCONTRE al cura, un alma caritativa, después de mucho buscar. Era un anciano. Los jóvenes con quienes había hablado antes me habían mirado inquisitivamente y se habían reido de mí, para decirme después que dejara de beber. El padre Kalman era un hombre comprensivo, poseía la sabiduría de los viejos.

—Sí, hijo mío, iré con usted. Muchos dudarán, pero yo creo. Lucifer

ronda por el mundo de muchas maneras y hay que descubrirlo y exorcizarlo.

Eran las cinco de la mañana cuando llegamos al sepulcro. El padre Kalman me dijo que las criaturas de las tinieblas han de estar en sus lugares de reposo antes de que cante el gallo. Durante la noche, cobran vida; en la mañana, duermen.

Encontramos un ataúd de cobre brillante. Tod no había mentido. Nos aproximamos a él cautelosamente. No contenía más que restos horribles, manchas de sangre y polvo. Retrocedimos, asustados. Luego vimos el otro ataúd, de rica caoba, de anchura casi doble que el otro: ¡Era su lecho nupcial!

Estaban juntos. Uno de los brazos de Tod descansaba sobre el cuerpo de ella, cubierto con una bata azul, manchada con sangre fresca. Ella no se había iniciado todavía en las horribles prácticas. El tenía la boca llena de sangre, entreabierta por una sonrisa, y con una mano sujetaba la cabeza de María sobre su pecho. Ella parecía una niña confiada... El cura hizo la señal de la cruz y los dos cuerpos se estremecieron ligeramente.

—Ya sabe usted lo que tiene que hacer —murmuró el padre Kalman.

Hice un gesto de asentimiento, al tiempo que sentía que se me revolvía el estómago. ¡Yo no podía hacer aquello! No podía hacer aquello a María, a la mujer que amaba, pero sabía que lo haría. Tenía que hacerlo. No podía dejar que despertara y viera su vestido ensangrentado o la boca de su esposo. Tenía que descansar, que gozar del reposo eterno.

El padre Kalman dió varias vueltas al ataúd haciendo sonar su campanilla y puso un crucifijo sobre cada uno de los pechos. Los dos ros-

etros se contrajeron y yo sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo.

Luego, cantando con voz baja y firme, el cura me dió la señal. Agarramos dos estacas de madera, afiladas, que el padre Kalman había introducido en agua bendita antes de salir de su iglesia, y los dos a la una las clavamos en el corazón de María y de Hunter.

Los dos cuerpos dieron un salto y se oyó un terrible gemido que sonó lúgarbentemente en el sepulcro. El cura se arrodilló y yo me llevé las manos a los oídos, pero no pude impedir que el grito penetrara en ellos. Me incliné y vomité; el cura hizo lo mismo. No éramos superhombres y nuestros cuerpos y nuestras almas se sublevaban contra aquella cosa monstruosa.

—Acabemos, hijo mío —dijo el cura lentamente, pasado un rato, con el rostro lívido—. Hemos de enterrar estos muertos para que puedan descansar en tierra sagrada.

No pude resistir la tentación de volver a mirarla antes de enterralla. Yacía, pequeña y frágil como siempre, con la cara serena, pero ahora sin rastro de vida en ella; inmóvil y pálida, como los muertos, los verdaderos muertos. El brazo de Tod pasaba sobre su pecho, como si quisiera protegerla. Retiré aquel brazo y coloqué la cabeza de María sobre el hombro de Hunter. De pronto vi que María estaba sola. Tod había desaparecido y alrededor de la estaca que había atravesado su co-

razón sólo había un poco de polvo. Ya había visto bastante y cerré el ataúd.

PENSANDO ahora en todo lo pasado, comprendo que fué lo mejor que podía ocurrir. Ria era diferente de las demás mujeres. Era una soñadora, una mística, que se dejaba influir con excesiva facilidad por todo lo raro y lo anormal. Yo, al contrario, soy un hombre realista y práctico. Si nos hubiéramos casado, yo habría destrozado lo que la hacía más atractiva para mí. Y con el tiempo habría llegado a odiarme.

Hunter, por su parte, era un estudiante, introspectivo, dado a la imaginación, fácil también de sugerir. Si yo me hubiera encontrado con Eve, habría huido de ella. El la vió rodeada de misterio y precisamente por esto más deseable. ¿Qué mejor elección podía hacer, al fin, que Ria? Que Ria tuviera que morir para conseguir la felicidad no tiene realmente mucha importancia. De todos modos la vida es algo transitario.

No obstante, algunas veces, cuando miro al retrato de María, me parece que es un poco duro ser tan realista y tan práctico como soy. Ella fué lo único que yo he deseado en el mundo.

Nunca había estado en Europa antes del verano de 1947. Fuí a buscar a María y casarme con ella; y lo que hice fué encontrarla y matarla. Sé que nunca volveré allá.